

industrializado» que se observa al fondo del lienzo. Pero la cuestión clave, para mí, reside en el aire casi egipcio de la composición, de la imagen global, de las figuras: su simplicidad y su casi sagrado hieratismo.

Viaje al «Distrito de los Lagos». Busco identificar, reconocer los espacios de la visión de Wordsworth, tan inseparables de su palabra poética, a la que nutrieron con su savia y su humus, a la que dieron sus raíces. Antes de llegar a Grasmere, donde se halla Dove Cottage, la región ha venido entregando poco a poco su majestuosa belleza, una realidad física de aguas, árboles y aires no muy diferente a la que el propio Wordsworth contempló. No es la primera vez en este viaje que me asalta la idea de que ha de ser mucho, en verdad, lo que estos paisajes conservan de su pasado, algo que ha sido conseguido por una admirable virtud de este pueblo, capaz como pocos de preservar una naturaleza insustituible.

Un paseo en barco por el lago Windermere. A una y otra orilla, la plenitud del verano sobre las largas arboledas. Ya en Grasmere, nos acercamos hasta Dove Cottage, la casa en la que Wordsworth residió entre 1799 y 1808 (luego se trasladaría a Rydal Mount, en donde viviría hasta su muerte). También en Grasmere se halla su tumba, que visitamos a última hora de la tarde, en el cementerio de la iglesia de Saint Oswald. Un sencillo letrero señala la tumba. Una muchacha y una pareja de ancianos fueron durante largo rato los únicos curiosos, como yo, en el lugar. El sitio es ciertamente apacible. Recogí del suelo una hoja caída de uno de aquellos hermosos árboles, en uno de los paseos de aquel lugar de inviolado sosiego. La he puesto en uno de los libros de quien allí tiene su tumba como memoria de una hora y su quietud.

Ya casi oscureciendo llegamos a Cockermouth, lugar de nacimiento de Wordsworth. La casa natal, una sobria edificación de mediados del XVIII, ha sido también maravillosamente conservada y cuidada hasta hoy. No quiso Wordsworth salir de su región natal, o más bien: fue a ella a la que decidió regresar, ya para siempre «recluso». No es difícil comprender las razones puramente físicas de su decisión, si se cabe o se intuye siquiera lo que esa *física* significaba para él.

Pasamos la noche en Woodhorn (Ashington), ya en pleno Northumberland. Por la mañana, en Creswell, cerca de Morpeth. La visión de este Atlántico nórdico no puede ser más distinta de aquella a la que estoy acostumbrado. Este gris de cielo cubierto sobre la lámina marina, extendido sobre la playa desierta, no es ni siquiera el gris de nuestro Sur; lo recorre un aire diferente. Esta es una luz porosa, en nada semejante a la ancha luz sureña. Y, sin embargo, he empezado a sentir su seducción en esta mañana junto al mar, sobre la hierba húmeda.

Llegamos a York poco después del mediodía, con el tiempo justo para recorrer la muralla medieval de la ciudad y visitar su maravillosa catedral. De finales del siglo XIII es su espléndida Sala Capitular, en cuya entrada se lee la inscripción: *Ut rosa flos florum sic est domus ista domorum*. El lema aparece también en la abadía de Westminster.

Por la tarde, una fugaz entrevisión de Sheffield. Tal vez sea injusta la primera impresión de una poco atractiva ciudad industrial. Me dicen que son muy hermosos los bosques cercanos. Muy grata conversación –llena de raras sintonías– con el joven poeta y crítico Jordi Doce, que vive en esta ciudad, y a quien había avisado días atrás de nuestra estancia aquí.

Noche en Saint Ives, cerca de Cambridge.

Arboles de Saint Ives, muy de mañana. Su rumor es la más hermosa compañía en esta hora húmeda. Las hojas se abrazan, ciegas, en una especie de reconocimiento, una vasta hermandad vegetal. El aire fresco en la mañana de verano es el abrazo de piedad que las mueve y enlaza para que quien las oiga sienta el temblor de la reconciliación.

(Londres). Anteayer decidimos pasar nuevamente todo el día en Cambridge. Entre las impresiones más vivas, el vetusto y hermosísimo Saint John College, que fue el de Wordsworth mientras estudió allí («The Evangelist St. John my patron was», dice el Libro Tercero del *Preludio*). Vuelve a encantarme no sólo el espesor cultural o histórico de este lugar, sino también su gracia, su elegancia, su íntima belleza; la *anchura* de su aire, de los *backs* para largos paseos. La idea de pasar en Cambridge algunas temporadas se me hace cada vez más atractiva.

\*

Hoy, después de visitar el Regent's Park, rápido recorrido por las salas de Constable en el Victoria and Albert Museum. Es un verdadero reencuentro con una pintura cuya capacidad de ensoñación, sin perder en ningún momento su valor de testimonio de un mundo, del *mundo*, no deja de asombrarme. Tanto la *Catedral de Salisbury* como *Hampstead Heath* (1828), con su tormenta amenazadora a la izquierda, o el mismo *Dedham Mill, Essex* (1820), encierran esos valores en un estado casi puro. No es menos conmovedor *Ruins at the West End of East Bergholt Church*, o *Dedham from Langham*, o el maravilloso *Study of Trees* (1821). Estrictos cielos y árboles en un alto diálogo. Siento cierta debilidad por este último y por el sublime *Weymouth Bay*.

\* \* \*